

**Una Revisión crítica de la literatura sobre los efectos prosociales de la
participación en actividades musicales**

Trabajo de grado presentado para optar por el título de Psicóloga

Director del trabajo de grado: Julián Céspedes Guevara, PhD.

Daniela Robayo

Junio 2020

Universidad Icesi

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Programa de Psicología

Resumen

Colombia ha vivido la violencia de diversas maneras, pero también ha luchado por la paz, por un futuro mejor. Los programas musicales con objetivos prosociales nacen en las zonas más vulnerables del país con la intención de crear espacios musicales que ayuden a sus estudiantes en el proceso de socialización y a enfrentar las diversas situaciones de su entorno. Pero, ¿realmente la música puede ayudar en estos procesos? Este trabajo de grado consiste en una revisión crítica del estado del arte sobre los efectos prosociales de la música, en el que se identifican los constructos explicativos propuestos por las investigaciones, los métodos implementados, y se analizan los mecanismos subyacentes a estos efectos. Encontrando diversos resultados, en general positivos sobre los efectos prosociales de la música, en los que hace falta hacer un desarrollo teórico y conceptual más amplio y delimitado, investigar y explorar más a profundidad los mecanismos subyacentes a estos efectos, realizar más investigaciones longitudinales para poder conocer la duración o comportamiento de estos efectos, comparar los efectos prosociales de la música con los que puedan tener otras artes y tener en cuenta métodos cuantitativos como cualitativos que se puedan complementar para la comprensión de este fenómeno.

Tabla de contenido

Introducción	5
Marco Teórico	8
Empatía	8
Comportamiento Prosocial	12
Desarrollo de la empatía y el Comportamiento Prosocial	14
Objetivos	18
Específicos	18
Método	19
Resultados	20
¿Cuáles son los efectos prosociales de la música estudiados?	20
Delimitación y precisión conceptual	21
¿Cómo han sido investigado los efectos prosociales de la música?	24
Estudios longitudinales	24
Estudios transversales	26
Investigaciones cualitativas	30
¿Cuáles son los mecanismos subyacentes a los efectos prosociales de la música?	32
Sincronización	32
Empatía facilitada por las emociones inducidas por la música	35

	4
Vínculos sociales	36
Neuronas espejo	37
Discusión	39
Conclusión	43
Bibliografía	46

Introducción

Colombia ha vivido más de una decena de guerras civiles en el siglo XIX y una guerra de mil días al inicio del siglo XX, seguida de enfrentamientos por razones políticas, estado conocido como “la Violencia Política” que produjo cerca de 300.000 muertos desde 1948. Hechos trágicos para el país, que para el 2015 presentó una tasa de homicidios de 27/100.000 habitantes, considerándose como un problema endémico por parte de la Organización Mundial de la Salud (Fandiño Losada, Guerrero, 2017). Además, los homicidios aumentaron de 11,831 en 2017 a 12,311 en 2018 (cifras del Ministro de Defensa) y desde el Acuerdo de Paz, según la ONU, se han desplazado más de 57,800 personas (Valenzuela, 2019). Solamente en Cali se estima que hay 104 pandillas conformadas por 1.580 jóvenes, entre las que controlan el comercio minorista de droga, manejan el negocio de la extorsión al comercio y los hogares y/o tienen relaciones de cooperación con bandas delincuenciales (Bosch et al., 2017). Además, en las comunas más vulnerables, el homicidio de jóvenes supera ampliamente el 50% de todos los homicidios y la presencia de minas antipersona alrededor de escuelas, ha desencadenado la cancelación de clases y la consecuente desescolarización de más de 140.000 menores en 2018 (Valenzuela, 2019).

Estas alarmantes cifras y la vivencia de la violencia han sido la motivación de programas de intervención, entre los que hay muchos en el mundo basados en la música. Considerada como un salvavidas, capaz de influir en los comportamientos y habilidades sociales. Algunos programas a nivel mundial son el Instituto Nacional de Música de

Afganistán, el Programa de Ecos de México, algunos de los proyectos de Músicos sin Fronteras desarrollados en Kosovo, Palestina, Belgrado e Israel, así como las experiencias de las tamborileras de Ruanda (Ingoma Nshya) y la Red de Cantadoras, que recobran las tradiciones musicales que se derivan de los ritos de vida y muerte del Pacífico colombiano (Fundación Nacional Batuta, 2016). Además, en Cali hay, por lo menos, cinco programas de intervención basados en la música, como lo son Notas de Paz, Decepaz, Mensajeros de Esperanza, Tecnocentro del Pacífico y SIDOC, que brindan clases de música y otras artes en zonas vulnerables de la ciudad, caracterizadas por el bajo nivel económico, bajo nivel de escolarización, micro tráfico, entre otros problemas de violencia.

Sin embargo, a pesar de la existencia abundante de estos programas enfocados a mejorar la vida de personas en situaciones vulnerables, existe poca claridad sobre si la música realmente genera los efectos mencionados, no solo por parte de los creadores de estos programas, sino por parte de los participantes y la población en general. En los últimos años se han realizado múltiples estudios, sin embargo, hay variedad de métodos, formas de definir los constructos y hallazgos, pero no se ha realizado un esfuerzo por sintetizar y organizar toda esa evidencia para evaluar cuáles son los posibles efectos de la participación en música en el desarrollo de actitudes y habilidades prosociales. Este trabajo de grado pretende contribuir en este tema mediante la revisión sistemática de la evidencia hasta el momento.

Realizar esta revisión es importante porque podría tener implicaciones prácticas, es decir, esta revisión puede permitir esclarecer elementos que faciliten la realización de intervenciones más efectivas, como la implementación de algunas prácticas e incluir otras artes que fortalezcan las habilidades sociales.

El presente trabajo se centra en la revisión y análisis de investigaciones sobre los efectos de la música en la empatía, el comportamiento prosocial (CPS) y otras habilidades sociales. Más específicamente, se pregunta por los efectos estudiados, la delimitación y precisión conceptual de las investigaciones, que varía entre varios constructos que se pueden poner bajo la sombrilla del concepto prosocial y que han sido delimitados y definidos de diferentes maneras por los autores; cómo han sido investigados estos efectos y; cuáles son los mecanismos psicológicos y no-psicológicos subyacentes a estos efectos, como la sincronización, la empatía facilitada por las emociones, los vínculos sociales y las neuronas espejo.

Marco teórico

Empatía

La habilidad para reconocer, entender, interpretar y anticipar los estados mentales y comportamiento de otros puede determinar el éxito en el mundo social. Muchos expertos consideran que esta habilidad, llamada empatía, ayuda a definir y enriquecer nuestra humanidad, mientras su ausencia logra lo contrario (Howe, 2013).

El concepto de empatía ha tenido diferentes acercamientos a través del tiempo. En el siglo XIX, los filósofos usaron la palabra *Einfühlung*, traducida más tarde como empatía, al discutir sobre estética y sobre el placer que se vive al contemplar una obra de arte. Estos autores propusieron el término para explicar el “enganche” con la pieza de arte, que nos permite sentir los sentimientos capturados en la pintura, la escultura o la sinfonía (Howe, 2013).

Más adelante, en 1909, Edward Titchener usó el término empatía como la traducción directa del término *Einfühlung*, para referirse a “recibir” sentimientos desde el exterior o acompañar los sentimientos, pasiones y sufrimientos de otra persona. Así, entendemos la empatía como “entrar en un sentimiento” de otra persona, para comprender su punto de vista. Similarmente, Hogan (1969) propone la empatía como “la comprensión intelectual o imaginativa de la condición o estado de la mente de otro”, la cual incluye la habilidad de reconocer la personalidad, condición emocional, creencias y deseos de otros, para entender, predecir y anticipar su comportamiento y responder con una emoción apropiada (Howe, 2013).

Varios autores han propuesto que la empatía es un constructo multidimensional. Por ejemplo, Feshbach (como se citó en Howe, 2013) y Decety (como se citó en Decety & Jackson, 2004) consideran que la empatía tiene tres componentes a) una respuesta afectiva hacia otra persona que a menudo implica compartir el mismo estado emocional; b) una capacidad cognitiva para tomar la perspectiva de otra persona; y c) algunos mecanismos de regulación que hacen un seguimiento de los orígenes de los sentimientos propios y ajenos. Así, de acuerdo a Decety & Jackson (2004) la empatía requiere ambas habilidades afectivas y cognitivas. Somos capaces de entender y sentir el mundo del otro, mientras mantenemos una clara sensación de nuestra experiencia mental y la del otro (Howe, 2013).

La empatía también suele implicar comunicar, quizá con compasión, el reconocimiento y entendimiento de la experiencia del otro; un empatizador responde al cambio de humor de otro con preocupación, aprecio, comprensión, sostén o cualquiera que sea la emoción apropiada, según Baron-Cohen (como se citó en Howe, 2013). Sin embargo, las personas no siempre responden empáticamente al observar el malestar de otros.

La calidad y profundidad de la empatía depende de diversas condiciones, es decir, la empatía es modulada por procesos de evaluación y su respuesta puede ser rápida e implícita; es una función de la conexión afectiva entre el empatizador y la persona en dolor. Factores como la similitud y familiaridad entre los dos protagonistas, qué tanta protección o cuidado necesita, y si la emoción de la persona en dolor está dirigida al empatizador o no, pueden ser cruciales, según Singer (como se citó en Vignemont & Singer, 2006).

La empatía puede también ser clasificada de acuerdo a su duración temporal, dependiendo de si la identificamos en un solo momento, o si la observamos como una tendencia de la personalidad del individuo. Así, la empatía en cuanto rasgo se refiere a la

tendencia de las personas a imaginar o experimentar los sentimientos y vivencias de los demás; mientras que la empatía situacional se refiere a la respuesta inmediata a una situación específica que la provoca (Konrath, 2014).

La medición más común es la de empatía-rasgo, usando cuestionarios en los que se plantean situaciones hipotéticas. El instrumento más difundido de este tipo es el cuestionario Interpersonal Reactivity Index (IRI) de Davis (1983), prueba que consta de 28 ítems con una escala de respuesta tipo Likert, que cubren cuatro dimensiones de la empatía: toma de perspectiva, fantasía, preocupación empática y malestar personal (Herrera, 2018). Sin embargo, este tipo de mediciones descuida el estudio de componentes contextuales presentes en los fenómenos de cognición social. Por lo tanto, se han creado otras pruebas que tienen esto en cuenta, como el test de conciencia de la inferencia social de McDonald et al. (2006) y, la tarea de empatía por dolor de Decety, Michalska, Akitsuki y Lahey (2009).

Una de las dificultades para operacionalizar el concepto de empatía es la existencia de múltiples y diferentes definiciones sobre este término. Decety & Jackson, (2004) propusieron tres componentes funcionales principales que deben interactuar dinámicamente para producir la experiencia de empatía: 1) un intercambio afectivo entre uno mismo y otro, basado en el acoplamiento de percepción-acción que conduce a representaciones compartidas; 2) el autoconocimiento, que implica que incluso cuando hay alguna identificación temporal, no haya confusión entre uno mismo y el otro; y 3) flexibilidad mental para adoptar la perspectiva subjetiva del otro y los procesos reguladores (Decety & Jackson, 2004). Estos componentes nos permiten comprender de una manera más precisa el fenómeno de la empatía, sin embargo, en la búsqueda de la delimitación de este constructo, lo cual es muy importante para llevar a cabo investigaciones y mediciones, Vignemont &

Singer, (2006) decidieron limitarlo proponiendo las siguientes condiciones necesarias para identificar que hay empatía:

- (i) Uno está en un estado afectivo.
- (ii) Este estado tiene la misma forma que el estado afectivo de otro.
- (iii) Este estado es evocado gracias a la observación o imaginación del estado afectivo de otra persona (quizá escuchar la historia del otro).
- (iv) La persona que empatiza, sabe que la fuente de su estado afectivo es la otra persona.

Usando estos criterios podemos distinguir la empatía de otros conceptos y fenómenos similares. El primero es el *malestar personal*, que se da cuando determinada situación de otros nos afecta, pero su efecto es completamente personal; es decir, nos ocupamos de nuestro propio dolor, pero no tenemos interés en el dolor del otro. En este caso, no se cumpliría la segunda condición de Vignemont & Singer (2006). El segundo fenómeno similar es el *contagio emocional*, el cual se refiere que al estar en presencia de personas que comparten y expresan alguna emoción fuerte, es probable que reaccionemos con el mismo estado emocional (Howe, 2013). De acuerdo a Vignemont & Singer (2006), en este fenómeno no se cumple la cuarta condición, pues no distinguimos que el origen del sentimiento es la otra persona.

Además, otro concepto que se relaciona con la empatía es la *teoría de la mente*, la cual se refiere a entender el estado de la mente de otros, proceso que va de la mano para entender lo que otro siente (Miu & Vuoskoski, 2017), pero sin necesariamente adoptar los

mismos pensamientos y/o sentimientos de los otros, en lo que se diferencia de la empatía, al no cumplir la segunda condición.

Finalmente, otro concepto que debemos diferenciar con la empatía es la *lástima*, que se refiere a una “respuesta emocional que nace del estado emocional o condición de otro, que no es idéntica a la emoción de otro, pero consiste en sentimientos de tristeza o preocupación por el bienestar de otro” según Eisenberg y Miller (como se citó en Howe, 2013). Así, la lástima no cumple con la segunda condición propuesta por Vignemont & Singer (2006), según la cual el observador debe tener un estado afectivo *igual* al de la persona observada.

Comportamiento Prosocial

La *conducta prosocial* se entiende como un término general que incluye un cierto número de conductas interpersonales: ayudar, compartir, cooperar, dar, restituir, siendo una de ellas la conducta altruista. De acuerdo a González, (1992) “se entiende por conducta prosocial toda conducta social positiva con/sin motivación altruista” (p.36). Cuando se trata de motivación altruista, está presente el deseo de favorecer al otro con independencia del propio beneficio; mientras que en la motivación no altruista se espera un beneficio propio además del, o por encima del ajeno. En consecuencia, se puede argumentar que toda conducta altruista es prosocial, pero no toda conducta prosocial es altruista. Sin embargo, debido a que en la práctica es muy difícil establecer las motivaciones de las personas cuando exhiben conductas de ayuda, cooperación, etc., autores como González (1992) han propuesto que se debe prescindir de la variable motivacional a la hora de delimitar y definir

el constructo de conducta prosocial, quedando finalmente la “conducta social positiva”, como un enunciado general y abarcativo.

El CPS es altamente sensible al contexto y las relaciones interpersonales y también puede considerarse como una respuesta empática, para la que es necesaria la capacidad de inferir estados emocionales (Preston et al., 2002). Sin embargo, de acuerdo a Decety et al., (2016) “no todo CPS es motivado por la empatía” (p.1). Él propone que la empatía puede ser un “mecanismo central que conduce desde la angustia de los demás a tener un CPS hacia ellos” Explica que ser testigo de la angustia de otro puede conducir a una excitación afectiva aversiva que, combinada con una respuesta de estrés fisiológico, cuando es “apropiado, puede llevar a activar un impulso prosocial que, según el contexto, puede conducir a un CPS” (Decety et al., 2016, p. 6). Lo que también discute Eisenberg & Miller, (1987) proponiendo que “los fuertes patrones de asociación entre la empatía y el CPS es que las respuestas afectivas y las reacciones comportamentales de las personas se integran más con la edad” (Eisenberg & Miller, 1987, p.114).

Por otra parte, de acuerdo a Dunfield, (2014) la habilidad de representar el estado mental de otros es un prerrequisito necesario para el comportamiento prosocial temprano. Más precisamente, los comportamientos prosociales requieren tres componentes: 1) la habilidad de tomar la perspectiva de otra persona y reconocer que está teniendo un problema (que puede ser al observar, inferir o imaginar un estado negativo); 2) la habilidad de determinar la causa del problema; y 3) la motivación de ayudar a solucionar el problema (Dunfield, 2014, p.3). Dunfield (2014) propone que dentro del dominio general de la conducta prosocial, las acciones orientadas a otros se pueden clasificar en tres tipos distintos, a saber: ayudar, compartir y consolar. Cada una de estas variedades de

comportamiento prosocial se basa en el reconocimiento y la respuesta a un estado negativo distintivo: *necesidad instrumental*, donde un individuo tiene dificultades para lograr una meta u objetivo; *deseo material insatisfecho*, en el que un individuo no tiene acceso a un recurso particular; y *angustia emocional*, respectivamente.

Así, esta categorización de comportamientos prosociales de acuerdo al estado negativo que se percibe, permite realizar algunas predicciones soportadas por Dunfield, (2014): 1) El comportamiento prosocial es más probable cuando se presenta un estado negativo que cuando no; 2) surgen variedad de comportamientos prosociales en diferentes edades; y 3) los factores de diferencia individual afectan las formas de comportamiento prosocial de manera diferente, dependiendo de cómo influyan en las restricciones subyacentes (Dunfield, 2014, p.7).

Desarrollo de la empatía y el Comportamiento Prosocial

La empatía madura tiene una dimensión metacognitiva, la cual requiere tener un sentido cognitivo de uno mismo y otros como ser separados, con estados internos (sentimientos, pensamientos y percepciones), independientes de los propios. Por lo tanto, de acuerdo a Hoffman (2008), la empatía se desarrolla a medida que la dimensión metacognitiva lo hace en seis etapas, expuestas a continuación.

La primera etapa es la preocupación empática global (*Global Empathic Distress*), que se observa en el llanto reactivo en recién nacidos. En esta etapa, los recién nacidos responden al malestar de otros sintiendo malestar ellos mismos. Lloran cuando escuchan a

otro bebé llorar, cualquiera que sea la causa. Esto sugiere que el llanto del bebé es la primera instancia de empatía sin consciencia de la distinción entre otro y sí mismo.

La segunda etapa es la preocupación empática egoísta (*Egocentric Empathic Distress*). En esta etapa, que comienza alrededor de los 11 y 12 meses, los bebés silenciosamente gimen y observan a la “víctima”. Sus acciones parecen estar diseñadas para reducir su propio malestar, por lo que su estado afectivo es considerado egocéntrico, pero a la vez empático, porque es contingente al observar el malestar de otro (Hoffman, 2008).

La tercera etapa es la preocupación empática casi egoísta (*Quasi-egocentric Empathic Distress*). Dos meses después y hasta el segundo año, los niños comienzan a tener intentos de ayuda dirigida a la víctima, lo cual más adelante abre el camino para intervenciones positivas como besar, abrazar, ayudar, etc. En esta etapa los niños ya comienzan a darse cuenta que los otros son entidades físicas independientes de sí mismos, aunque aún no reconocen que los otros tienen estados internos independientes. Por ejemplo, un niño de 14 meses respondió al llanto de un amigo con mirada triste, lo tomó de su mano y lo llevó donde su propia mamá, a pesar de que la mamá de su amigo estaba presente. Aquí la empatía está cambiando de sentir más o menos las mismas emociones que la víctima, a tener un sentimiento de preocupación por la víctima más recíproco. Los niños sienten malestar, pero también lástima por el malestar de otro y un deseo de ayudar. Probablemente el componente de lástima es el primer motivo prosocial en los niños.

La cuarta etapa es la empatía verídica (*Veridical empathy*). En esta, los niños comienzan a reconocerse a sí mismos en el espejo, revelando un sentido del cuerpo como una entidad física que existe fuera del yo subjetivo y que puede ser visto por otros. Es decir, el concepto del Yo/Otro se va desarrollando al final del segundo año y continúa en el

tercero, lo que permite que los niños tomen consciencia de que las otras personas tienen estados internos independientes de sí mismos, tengan una empatía más asertiva y realicen comportamientos de ayuda efectivos. Esta etapa tiene las características básicas de la empatía madura, pero esta se vuelve más compleja con la edad. De los 14 a los 20 años las personas aprenden muchas destrezas complejas especializadas, y se dan cuenta de que su Yo interior tiene una parte reflexiva, que piensa, siente, planea y recuerda, y que las otras personas también lo tienen.

La quinta etapa es la preocupación empática más allá de la situación (*Empathic Distress beyond the situation*). Los niños entre los 7 y 10 años de edad empiezan a ser conscientes de que los otros tienen historias e identidades, y que los demás sienten alegría, rabia, tristeza, miedo y baja autoestima no solo en una situación particular, sino también en sus vidas en general. Así, responden empáticamente a más allá de una situación particular, a situaciones que se presentan a largo plazo, como la cronología de vida del sujeto.

La sexta etapa es la empatía por grupos en situación de angustia (*Empathic for Distress groups*). En esta etapa es probable que cuando los niños sean capaces de formar conceptos sociales y clasificar personas, puedan comprender que el problema de un solo individuo puede ser compartido por muchos, así, generaliza la empatía dirigida a un individuo, a todo el grupo en abstracto (Hoffman, 2008).

De acuerdo a Howe, (2013), las relaciones sociales en las que crecen los niños son fundamentales para que los niños desarrollen la competencia empática. La calidad de las relaciones tiene un rol importante en qué tan bien entienden los niños el mundo social y qué tan competentemente pueden lidiar en él. Por ejemplo, cuando los padres atribuyen a sus hijos un estado emocional que ellos creen es congruente con el comportamiento del niño,

(lo que es conocido como “reflejo del afecto”) logran no solamente regular, contener y suavizar la excitación del niño; sino que le dan sentido al malestar del niño, lo cual ayudará a que él lo haga por su cuenta más adelante, y a desarrollar su capacidad empática. Este autor, también menciona otras experiencias que promueven el desarrollo de la empatía y la habilidad de interpretar a otros; como ayudar a los niños a ver las cosas desde la perspectiva de otros, hacerles preguntas que guíen su atención a cómo los pensamientos y emociones afectan la mente y el cuerpo, y el juego con otros.

Por otra parte, Miu & Vuoskoski, (2017) mencionan un **mecanismo neural** que puede estar involucrado en el desarrollo de la empatía y que puede contribuir a la imitación, es decir, hace que acciones observadas en otros correspondan con las propias. “Observar la acción de otro, recluta parte de los circuitos neuronales involucrados en la preparación para ejecutar la misma acción. Por lo tanto, comprender la acción de otro puede ocurrir a través de la simulación interna de esas acciones en áreas pre-motoras del cerebro, en lugar de la imitación motora” (Miu & Vuoskoski, 2017, p.127).

Estas neuronas espejo pueden proveer un mecanismo para comprender las intenciones de otros, basados en la observación auditiva o visual. Gallese y Iacoboni (como se citó en Miu & Vuoskoski, 2017) tienen la hipótesis de que el sistema de neuronas puede contribuir a reconocer las expresiones emocionales y a desarrollar la emoción correspondiente ya sea empatía o contagio emocional.

Objetivos

El objetivo general consiste en realizar una revisión crítica de la literatura que plantea evidencia sobre la influencia de las actividades musicales en el desarrollo de habilidades prosociales como la empatía y el comportamiento prosocial. Como objetivos específicos se plantearon los siguientes:

Específicos

- Describir los efectos de la participación en música en la empatía y el comportamiento prosocial, reportados en las investigaciones.
- Identificar los constructos explicativos propuestos por las investigaciones.
- Determinar los métodos implementados en las investigaciones.
- Analizar los mecanismos subyacentes a los efectos prosociales de la música encontrados en las investigaciones.

Método

Se pretende realizar un análisis crítico de la literatura que trata sobre los efectos prosociales de la música. Para lo que se llevó a cabo una búsqueda de artículos mediante el uso de las siguientes palabras clave: música, empatía, comportamiento prosocial, programas musicales, lecciones musicales grupales, entrenamiento musical, sincronización y Social bonding (en inglés y español); en plataformas como Google Académico, ScienceDirect, Scielo, APA Psycinfo, Mendeley y ELSEVIER. De las cuales se seleccionaron los artículos teniendo en cuenta los siguientes criterios de exclusión e inclusión.

Criterios de Inclusión

- Estudios con objeto de investigación efectos prosociales de la música, como empatía, comportamiento prosocial, habilidades sociales, simpatía, ciudadanía y construcción de la paz.
- Estudios que incluyan participantes niños, jóvenes y adultos jóvenes.
- Estudios que incluyen la participación activa en creación o aprendizaje de la música.
- Estudios que incluyen experiencias sincrónicas con música.
- Estudios publicados en los últimos 10 años.

Criterios de Exclusión

- Se excluyen estudios que cuenten con participantes con dificultades de salud.
- Se excluyen estudios que tengan como objeto casos clínicos, individuales.

Resultados

¿Cuáles son los efectos prosociales de la música estudiados?

A lo largo de la revisión del estado del arte se encontró que hay una variedad de constructos investigados que se pueden poner bajo la sombrilla del concepto prosocial, entendido como “conducta social positiva”. Estos constructos fueron definidos y delimitados de diferentes maneras, que a continuación se pretenden identificar. Estos constructos se listan a continuación:

- Prosocialidad
- Empatía
- Habilidades sociales
- Adaptabilidad social
- Empatía emocional
- Justicia
- Conductas de compartir
- Simpatía/Lástima
- Comprensión de emociones
- Ciudadanía y socialización política
- Construcción de paz

Delimitación y precisión conceptual

La delimitación y precisión conceptual cumple con funciones importantes dentro de una investigación y es aquí lo primero a revisar, pues permite esclarecer si entre las investigaciones las definiciones y delimitaciones coinciden, evaluar si hay validez de constructo, entre otros. El marco teórico cumple funciones como ayudar a prevenir errores que se han cometido en otros estudios, orientar el estudio, conducir al establecimiento de hipótesis y proveer un marco de referencia para interpretar los resultados del estudio (Hernández et al., 1991).

Un hallazgo recurrente entre varios artículos señalados es que los investigadores no incluyen ninguna precisión conceptual de aquello que pretenden medir. Este es el caso de Buren et al., (2019) y Cirelli et al., (2014), quienes midieron el CPS en niños, pero no se encontró ninguna delimitación conceptual de dicho término en sus artículos. Y el de Kawase et al., (2018) en el que pretendieron medir los niveles de sociabilidad, para lo que midieron empatía, personalidad, habilidades sociales, adaptabilidad social, entre otras, pero no hay tampoco un desarrollo conceptual. De manera similar, Stupacher et al., (2017) pretendió medir efectos prosociales, sin embargo, no se mencionó relación entre efectos prosociales y aquello que dicen medir los instrumentos. No hay un desarrollo conceptual en cuanto a la simpatía o el sentirse bien como figura propia.

En contraste, otras investigaciones sí presentaron definiciones conceptuales de los constructos, sin embargo, no siempre están bien delimitadas, y esto, además, no garantiza la validez de las mediciones que se realizan. Por ejemplo, Rabinowitch et al., (2012) pretendió medir la capacidad de empatía emocional, la cual definió como la capacidad de producir respuestas emocionales a situaciones de otros, que se aproximan a sus respuestas y

experiencias, así como conciencia e identificación de sus propias emociones. Sin embargo, en las mediciones, las tareas consistieron principalmente en la capacidad de reconocer y recordar emociones de otros vistas en escena, más no si los niños llegan a sentir como tal estas mismas emociones y si las distinguen de las suyas propias. Aunque se haga una delimitación adecuada, si esto no se tiene en cuenta en las mediciones, los resultados pueden perder validez.

En esta línea, Van de Vyver et al., (2019) midió la empatía, definida como una reacción emocional congruente y provocada por el estado emocional de otra persona; y las intenciones prosociales, las cuales se definieron como aquellas destinadas a beneficiar a otros. De acuerdo a esto, la definición de empatía se queda un poco corta para delimitar los aspectos propuestos por de Vignemont & Singer, (2006).

Por otra parte, Dahary et al., (2018) investigó rasgos de empatía versus de sistematización. Los cuales definió así “la empatía es el impulso de identificar y responder acorde a los pensamientos y emociones de otros, mientras que la sistematización es el impulso de analizar y responder a patrones sistémicos en objetos y eventos” Baron-Cohen (como se citó en Dahary et al., 2018, p. 2). Estas definiciones no son muy delimitadas y puede haber confusión entre el término empatía y otros fenómenos similares. Sin embargo, esto está sustentado en una teoría más amplia que no se desarrolla aquí, valdría la pena explorarla más para encontrar el uso que se le da a estos términos.

Finalmente, Rabinowitch & Meltzoff, (2017) estudiaron el sentido de justicia y conductas de compartir, los cuales pueden ser asociados con el CPS, al ser conductas positivas, según González (1992), sin embargo, no hay delimitación conceptual alguna.

Finalmente, los siguientes estudios sí presentaron definiciones bien delimitadas de los constructos objeto de investigación. En la investigación realizada por Schellenberg et al., (2015), se especificó que miden la simpatía/lástima en vez de la empatía, porque conlleva una preocupación orientada a los demás, mientras que la empatía implica la experiencia de la misma emoción. Además, también realizaron medición de habilidades prosociales y comprensión de emociones, de los que no hay una delimitación conceptual muy evidente, pero se mencionan ejemplos de CPS, que de acuerdo a González (1992) caben dentro de la definición abarcativa “CPS es toda conducta social positiva”, al igual que en la investigación de Ilari et al., (2019).

Por otra parte, Cho, (2019) en su investigación se enfocó en el hábito de empatizar, el que definió como un concepto multifacético, que envuelve tres dimensiones específicas 1) Compartir el estado emocional de otro, la valencia emocional y la intensidad relativa, sin confusión entre uno mismo y el otro; 2) Preocupación empática o motivación de preocupación por el bienestar de otro; y, 3) Toma de perspectiva o empatía cognitiva. Demostrando que cumple con los criterios de Vignemont & Singer, (2006).

Por otro lado, las investigaciones cualitativas tienen un cuerpo teórico más amplio y enfocado en conceptos no tan específicos como la empatía. Amaya & Castaño, (2018) realizaron un extenso trabajo de desarrollo conceptual sobre las representaciones sociales, lo que les permitió realizar un trabajo descriptivo; Gómez, (2011) desarrolló los conceptos de ciudadanía y socialización política, procesos de socialización, entre otros; y, Rodríguez Sánchez, (2013) se enfocó en la construcción de paz, por lo que desarrolló ampliamente conceptos como trauma, violencia, la paz positiva y negativa, y la reconciliación. Los conceptos desarrollados en los marcos teóricos de estas investigaciones pueden relacionarse

con las habilidades prosociales o la empatía, sin embargo, hay que explorar esta relación específicamente para comprobar si efectivamente existe. Aunque cabe aclarar que no es la intención de los autores establecer una relación explícita entre estos conceptos.

¿Cómo han sido investigado los efectos prosociales de la música?

A continuación, se presentan las investigaciones seleccionadas en la revisión de estado del arte, que se pueden categorizar en investigaciones de tipo longitudinales, transversales y cualitativas.

Estudios longitudinales

Schellenberg, Corrigall, Dys, & Malti (2015) estudiaron si participar en un entrenamiento musical prolongado ayuda al desarrollo de habilidades prosociales. Para lograr esto, contaron con 84 niños entre los 8 y 9 años, de los cuales 38 participaban en un programa de música y 46 hacían parte del grupo control, es decir, asistían a escuelas que no contaban con este programa, (los participantes no fueron asignados al azar a estas condiciones). Los estudiantes en el programa de música recibieron clases de música durante todo el año escolar (10 meses), mientras el grupo control no recibió ninguna. Los investigadores realizaron mediciones de vocabulario, comprensión emocional, lástima/simpatía, y habilidades prosociales al inicio y fin de la investigación. Los resultados mostraron que los puntajes del grupo de entrenamiento musical se asociaron positivamente con las habilidades prosociales, pero solo en aquellos niños que tenían pobres habilidades sociales al inicio del estudio.

Otro estudio longitudinal fue realizado por Rabinowitch, Cross, & Burnard, (2012) en el que los autores estudiaron si la participación repetida a largo plazo en MGI (interacción musical grupal, por sus en inglés) podría ayudar a mejorar la capacidad de empatía emocional incluso fuera del contexto musical. Los participantes eran niños entre 8 y 11 años, de escuelas primarias en el Reino Unido, los cuales fueron asignados aleatoriamente en el MGI, al grupo control con juegos y tareas equivalentes al MGI, pero sin música. El grupo de MGI consistió en una serie juegos musicales tales como juegos de *entrainment*, de imitación, de intencionalidad compartida e intersubjetividad.

La medición de empatía se realizó antes y después de la intervención con tres pruebas; un cuestionario de auto-informe, una prueba no verbal y una prueba no verbal de medida implícita de la empatía emocional. A pesar de que los resultados no fueron conclusivos, los investigadores encontraron un incremento sustancial en los puntajes de empatía de los niños del MGI comparados con el grupo control; y concluyeron que la música puede ser beneficiosa promoviendo la empatía cuando se experimenta como interacción grupal.

Finalmente, otro estudio longitudinal llevado a cabo por Van de Vyver y colegas., (2019) y colegas investigó si involucrarse en una participación artística como intervención, promueve la empatía y prosocialidad interpersonal en niños. Además, estos autores investigaron si el impacto de la participación artística en las intenciones prosociales de los niños persiste a lo largo de un periodo de 6 meses. Los participantes fueron 216 niños entre los 7 y 10 años. En la condición experimental niños iniciaron su participación en un programa de artes, en el que artistas locales trabajaron con cada pupilo y miembro del equipo, explorando el potencial de usar la creatividad y las actividades artísticas para

ayudar a niños a involucrarse y expresar historias de amabilidad, estas actividades incluían a la audiencia en el proceso creativo, permitiéndoles convertirse en co-autores, editores y observadores del trabajo. Entre las formas de arte realizadas, se encuentran escribir canciones y producir libros de cuentos, entre otros.; mientras que las escuelas control solo expusieron a los niños a discusiones sobre la amabilidad. Los autores midieron la empatía y las intenciones prosociales interpersonales y encontraron en la condición experimental que las intenciones prosociales se incrementaron significativamente siguiendo la intervención, comparado con los niños del grupo control; mientras que no hubo efectos en la empatía de los niños, resultado curioso pues es posible mejorar el CPS, sin que esto implique cambios significativos en la empatía. Ellos concluyeron que la infancia media es un periodo en el cual las artes pueden actuar como catalizador social y psicológico que promueve las intenciones prosociales interpersonales e intergrupales.

Estudios transversales

Kawase et al., (2018) investigaron las asociaciones entre lecciones de música en grupo en una escuela de música y los niveles de sociabilidad de los niños, enfocándose en la edad de inicio de las lecciones. Realizaron una encuesta a 271 niños entre los 4-5 años y los 6-7 años de edad, que iniciaron clases musicales a los 1, 2, 4, y 6 años. Los autores encontraron que los puntajes de empatía en los niños entre los 6-7 años, que iniciaron las clases con 1 año de edad, eran mejores que las que iniciaron a los 4 años; y, los puntajes de comunicación de los niños entre los 4-5 años, que iniciaron clases al año de vida, eran mejores que los que iniciaron después.

Otro estudio transversal y exploratorio investigó cómo niños y niñas con cantidades variadas de participación musical se desempeñan en dos tareas prosociales y, cómo sus padres puntúan sus tendencias prosociales e interés en la música (Ilari et al., 2019). Para esto contaron con 36 niños que han participado en programas de música para la temprana infancia entre 1 y 54 meses (4 años y medio). Para medir la ayuda instrumental y el compartir en los niños, los investigadores desarrollaron un juego prosocial que imita situaciones cotidianas. Además, aplicaron el Índice de Participación Musical Activa y el Índice de Prosocialidad, diligenciados por los padres, y recolectaron información demográfica e intereses musicales de los niños. Los autores encontraron que los niños o niñas que han pasado más tiempo en programas musicales para la temprana infancia mostraron mayores señales de ayuda instrumental.

Por otra parte, Cho, (2019) exploró la posibilidad de que participar en un pequeño ensamble musical sea un medio fructífero para cultivar el hábito de empatizar. Se preguntó en qué medida el factor personal, incluido el género, el origen étnico, el instrumento principal, el área principal de estudio, la edad de comienzo del entrenamiento musical y la personalidad, contribuyen a las habilidades de empatía de los estudiantes de música. Para esto contó con 165 estudiantes de pregrado en interpretación musical en su último año, a los que aplicó la escala de actitudes hacia los pequeños ensambles musicales, el Inventario de Personalidad de diez elementos, midió los niveles de participación en pequeños ensambles musicales y el cociente de Empatía. Cho, (2019) encontró que aquellos estudiantes que empezaron entrenamiento musical antes de los 5 años tuvieron un puntaje más alto que aquellos que empezaron entre los 5 y 9 años, y los 10 y 14 años. Además, los resultados

sugieren que los estudiantes de música que son más extrovertidos, simpáticos, conscientes y abiertos a la experiencia tienden a tener un mayor cociente de empatía.

Finalmente, Cho (2019) encontró que los niveles de participación en pequeños ensambles musicales son un predictor significativo del cociente de empatía, pues aquellos estudiantes que participan a menudo en estos ensambles de manera formal tienen un mayor cociente de empatía que los que participan rara vez o algunas veces, y los que participan frecuentemente en ensambles de música informales también tienen un mayor puntaje en el CE (cociente de empatía); mientras que los resultados de la escala de actitudes hacia los Ensamblés pequeños no predice los puntajes de la empatía.

Dahary et al., (2018) investigaron la relación entre rasgos de empatía y sistematización tanto generales como musicales; la sofisticación musical; el nivel general de formación musical y; aspectos específicos de la formación musical en adultos. Esta investigación contó con 81 participantes entre los 18 y 33 años, quienes respondieron una serie de cuestionarios mediante una plataforma de encuestas compartida mediante correo electrónico. Se encontró que la relación entre los puntajes de Empatía Musical y Empatía general tenían una significativa moderada y positiva relación, sugiriendo que personas reportan niveles similares de empatía musical y general. Además, encontraron que la empatía y sistematización musicales están positivamente asociadas a la escala general de sofisticación musical, las emociones, entrenamiento musical, habilidades perceptivas y habilidades de canto, y finalmente, encontraron que los participantes con alto entrenamiento musical reportan tener rasgos empáticos musicales más altos.

Otra investigación transversal es la de Buren et al., (2019) en la que investigaron si unirse a una actividad de creación musical puede evocar un CPS en niños. Para esto,

contaron con 50 niños de 18 meses de edad asignados aleatoriamente en tres grupos: música activa, música pasiva o no actividad musical. En el grupo de música activa el experimentador ponía un tambor en la habitación y le pasaba un sonajero al niño, luego ponían dos veces una canción desconocida para los niños y padres, mientras el experimentador cantaba la letra y movía el sonajero, incentivando al niño a participar; mientras en el grupo de música pasiva al niño se le entregó un sonajero manipulado (un objeto que se veía y se sentía exactamente igual al sonajero en la condición de música activa pero que no producía ningún ruido). Se reprodujo una grabación del experimentador cantando la letra de la canción junto con la versión instrumental utilizada en la condición de música activa. Mientras se tocaba la canción, los experimentadores y el niño miraron juntos un folleto que contenía imágenes de los animales mencionados en la letra de la canción. El experimentador señaló las imágenes de los animales y pronunció la letra de la canción de manera dirigida por los niños; mientras que en el grupo sin actividad musical se realizó este mismo último procedimiento sin la música.

Para la medición, utilizaron un formulario que preguntaba acerca de la experiencia musical del niño(a), nivel educativo del cuidador, si el niño atendía un centro/guardería o si era supervisado por una niñera, además del *Infant Behaviour Questionnaire*. Finalmente, cada niño fue evaluado usando tres tareas diferentes de ayuda 'fuera del alcance' (Buren et al., 2019). Encontraron evidencia de que la intervención influyó el comportamiento de ayuda espontáneo, específicamente, más no el comportamiento de ayuda tardía.

Investigaciones cualitativas

Algunos autores han abarcado la relación entre música y habilidades prosociales desde una mirada cualitativa, la cual permite conocer la perspectiva de los participantes y de las instituciones con programas musicales que tienen objetivos prosociales, pues “la principal característica de la investigación cualitativa es su interés por captar la realidad social a través de los ojos de la gente que está siendo estudiada, es decir, a partir de la percepción que tiene el sujeto de su propio contexto” (Bonilla Castro & Rodríguez Sehk, 1997, p. 84). Este enfoque, sin duda alguna, conlleva planteamientos de preguntas diferentes a las exploradas en el campo cuantitativo y tienen otros alcances exploratorios e interpretativos principalmente.

Así, Amaya & Castaño, (2018) investigaron desde un enfoque cualitativo las representaciones sociales que tienen los jóvenes acerca de la participación en la Orquesta Sinfónica Infantil y Juvenil de Siloé. Para esto realizaron seis entrevistas semi-estructuradas a jóvenes entre los 16 y 18 años que llevaban varios años de formación en dicha orquesta. Amaya & Castaño, (2018) encontraron que la Orquesta Sinfónica Infantil y Juvenil se concibe como un espacio positivo para sus vidas, al ser una actividad alternativa a las que ofrece su entorno, permitir crear lazos sociales y en algunos casos ser el camino para iniciar una carrera musical.

Otra investigación con enfoque cualitativo es la de Gómez, (2011) en la que se pretendió exponer cómo la Fundación Batuta Caldas, a través de su programa de formación musical para la conformación de orquestas sinfónicas, propicia la vivencia de la ciudadanía a partir del desarrollo de capacidades para convivir en la diferencia, reconocer a los otros como parte fundamental de su ser y unirse con otros. Para esto Gómez, (2011) realizó

observaciones, revisión de documentos y entrevistas semiestructuradas a cuatro docentes de música y tres fundadores del proyecto; además a 6 familias cuyos hijos (4) e hijas (5) tenían entre 5 y 18 años. Gómez, (2011) Encontró que este proyecto pedagógico hace énfasis en lo musical, pero también cumple con una función socializadora; además, encuentra que el uso del tiempo libre es un factor determinante para el modelo pedagógico del proyecto.

Esta fundación es “considerada por los niños y niñas como un espacio de encuentro y de diálogo, como posibilidad de relacionarse con sus pares, en la que realizan actividades de interés y no imposiciones” (Gómez, 2011, p. 658). Gómez encuentra que los niños llevan un proceso gradual y orgánico, y que el aprendizaje del instrumento, como la ejecución orquestal, están acompañados por el estudio de la historia de la obra y del autor, así como de los motivos e intenciones que tuvo este al componerla, con el fin de que los estudiantes puedan producir el sentimiento con el que fue creada la obra.

En este enfoque cualitativo, se encuentra, además, el trabajo de Rodríguez Sánchez, (2013) quien se interesó por los elementos que pueden hacer de los programas musicales colectivos espacios de construcción de paz, tomando como caso particular el Programa Música para la Reconciliación de la Fundación Nacional Batuta en Colombia. Rodríguez Sánchez, (2013) menciona los impactos psicosociales que sufren las víctimas de violencias, contexto en el que entran los programas musicales colectivos con niños, niñas y jóvenes, como posibilidad de reconstrucción en las comunidades. Además, compara estos programas con las corrientes teóricas sobre construcción de paz. Rodríguez Sánchez, (2013) encontró tres ámbitos donde se generan los elementos que favorecen la construcción de paz: El aprendizaje de la música y la interacción del estudiante con el material sonoro, el espacio de la orquesta (escuela y sus dinámicas extra-musicales) y las actividades adicionales del

programa para los padres de familia y personas de la comunidad. Rodríguez Sánchez, (2013) menciona; también la incidencia de la música en el ámbito emocional para los procesos de elaboración de los traumas derivados de impactos psicosociales.

¿Cuáles son los mecanismos subyacentes a los efectos prosociales de la música?

Después de delimitar los efectos estudiados y la manera en que han sido investigados, se pretende identificar los mecanismos subyacentes a los efectos prosociales de la música propuestos en las investigaciones aquí analizadas y algunas otras que se incluyen en el marco teórico, puesto que muy pocas investigaciones ponen a prueba estos mecanismos, y otras, como las investigaciones de Van de Vyver et al., (2019), Dahary et al., (2018), Cirelli et al., (2014) y Stupacher et al., (2017) no lo mencionan en el cuerpo teórico y/o empírico, ni en la discusión de resultados. Se hace muy importante, por lo tanto, investigar mucho más sobre estos mecanismos y el papel que juegan en los efectos prosociales de la música.

Sincronización

Uno de los aspectos de la música al que se le ha atribuido su capacidad de evocar empatía es la **sincronización**. Uno de los estudios que exploró este mecanismo es el de Cirelli, Einarson, & Trainor (2014), quienes tenían como objetivo determinar si bebés de 14 meses demuestran un CPS al tener una experiencia de sincronía motora en un contexto musical. Para probar esto los investigadores realizaron dos experimentos; cada uno incluyó tres ensayos de tres tareas de ayuda instrumental en las que se espera que los niños recojan algún objeto después de que al experimentador se le cae “accidentalmente”.

En el primer experimento, un grupo de niños de 14 meses, sostenidos por un ayudante, eran balanceados frente al experimentador, mientras escuchaban la canción “*Twist and Shout*”. En una condición eran balanceados en sincronía con el experimentador (y la música) o sin sincronía. Posteriormente, los niños tenían la oportunidad de ayudarle al experimentador en las tareas ya mencionadas. En el segundo experimento, se usó el balanceo anti-fase entre los niños y el experimentador mientras escuchaban la misma canción. En ambos estudios se encontró que los niños tendían a ser más altruistas y ayudar espontáneamente cuando hubo sincronía entre ellos y el experimentador que cuando hubo asincronía entre ellos.

Otro experimento que estudió los efectos del movimiento sincrónico fue el de Rabinowitch & Meltzoff, (2017), en él los autores que investigaron si el movimiento rítmico conjunto, fuera de contexto musical, aumenta el sentido de justicia y las conductas de compartir, en niños de 4 años. Los investigadores desarrollaron un procedimiento para administrar una experiencia sincrónica en la que los niños se balanceaban a unísono, una experiencia asincrónica en la que se balanceaban a diferentes ritmos; y una experiencia control en la que no se balanceaban. Los niños fueron asignados aleatoriamente en estos grupos de experiencias y después se les realizó el test de asignación de recursos, que consistía en una serie de tres tareas consecutivas, relacionadas con la distribución de osos de juguete entre uno y su pareja. Los investigadores encontraron que en ambos grupos de experiencia sincrónica y asincrónica las decisiones de compartir en los niños incrementaron en comparación con el grupo control, que no realizó ninguna actividad.

Finalmente, con el fin de investigar el rol especial de la música en los vínculos sociales, Stupacher et al., (2017) plantearon una actividad sin compromiso motor, en la que los

sujetos (noventa y ocho participantes) veían videos de dos figuras que caminan en fase (sincronía) y fuera de fase (asincronía) con música, metrónomo o en silencio. Finalmente, los participantes puntuaron la *Escala de inclusión del otro en sí mismo (IOS)*, por sus siglas en inglés), la simpatía de la otra figura (0 “nada simpático” a 100 “muy simpático”) y cómo se sentía como figura “propia” (0 “nada bien” a 100 “muy bien”) (Stupacher et al., 2017). Encontraron que en la escala de inclusión del otro en sí mismo en las tres maneras de acompañamiento, los puntajes fueron más altos cuando las figuras estaban en sincronía, mientras que los puntajes de simpatía del otro fueron más altos en condiciones de sincronía con música como acompañamiento. Los puntajes en lo bien que sentían como figura propia, eran más altos cuando las dos figuras estaban en sincronía y, finalmente, concluyen que los puntajes de las tres categorías eran más altos cuando las dos figuras caminaban con música.

La sincronización es uno de los mecanismos más estudiados, pues la música está basada en un ritmo que facilita a las personas unirse en sincronía en una actividad conjunta. Clarke et al., (2015) propone canales de participación empática primaria como: 1) La resonancia perceptuo-motora que surge de una participación más o menos física (desde bailar y cantar, hasta la atención pasiva), y 2) La sincronización o *Entrainment* resultante de la atención dirigida que se relaciona con las posibilidades de *Entrainment* de los eventos musicales (Clarke et al., 2015). Entendiendo el *Entrainment* como “el proceso por el cual dos o más procesos rítmicos independientes interactúan, llevando en algunos casos a la sincronización” Rabinowitch et al., (2012, p. 2). Una de las consecuencias de la resonancia percepto-motora y la sincronización puede ser la liberación de una variedad de neuro-hormonas que tienen un impacto directo en el vínculo social y empatía (Clarke et al., 2015).

Similar a esta línea, los componentes musicales que promueven empatía de acuerdo a Rabinowitch et al., (2012) incluyen varios mecanismos cognitivos primarios, como la resonancia motora, que está profundamente incrustada en nuestra percepción de la música y en su producción, pero también ha sido recomendada para facilitar la comprensión de las acciones. Otro mecanismo sería la imitación, que es evidente en el mimetismo físico en la repetición de frases y motivos musicales, y podría también promover el intercambio de estados mentales y ayudarnos a entender y experimentar empatía y *entrainment*, que puede estimular potencialmente la coordinación y cohesión atencional y motora entre oyentes, y especialmente entre ejecutantes, mejorando la habilidad de ajustarse mutuamente al pulso interno de otra persona y así alinear estados afectivos (Rabinowitch et al., 2012).

Empatía facilitada por las emociones inducidas por la música

Este mecanismo ha sido investigado y mencionado en varias investigaciones, aunque en menor medida que la sincronización. De acuerdo a Miu & Vuoskoski, (2017) la manipulación de la empatía cognitiva mostró que esfuerzos deliberados, realizados por los oyentes, para empatizar con el intérprete e imaginar sus sentimientos relacionados con la música que interpretó, facilitaron las emociones inducidas por la música y la actividad fisiológica. Así, individuos con alta empatía disposicional son más susceptibles a los efectos emocionales de escuchar música, y la manipulación de la empatía puede intensificar las respuestas emocionales evocadas por la música (Miu & Vuoskoski, 2017).

Según las expresiones emocionales del artista intérprete (p. Ej., Colores de voz y expresiones faciales), los oyentes pueden suponer que él experimenta emociones y, al

relacionarlos con eventos imaginarios, pueden sentirse seguros de responder deliberadamente con emociones similares. (Miu & Balteş, 2012).

En esta misma línea, Clarke et al., (2015) mencionan que es posible que en individuos con alta empatía disposicional sea más probable resonar con las características acústicas y generales de la música, pues se ha encontrado que estos individuos exhiben una resonancia motora y sensorial más fuerte ante acciones observadas y el dolor de otros.

Vínculos sociales

En las prácticas orquestales o clases musicales grupales se facilita o fortalece la capacidad establecer relaciones cotidianas e interactuar constructivamente. Pues se motiva la comunicación intersubjetiva y se fortalece la experiencia intercultural basada en el reconocimiento del otro (Rodríguez Sánchez, 2013), debido a que se hace necesario apropiarse de marcos simbólicos compartidos que permitan la comunicación y a su vez la re-significación de sentidos propios, como las maneras de actuar, pues la armonía del trabajo individual y grupal así lo demandan (Gómez, 2011). Además, algunos programas ofrecen también otros espacios que privilegian la consolidación social como coros, cine y lectura en los que pueden participar la familia y miembros de la comunidad.

Además, varios autores mencionan que en pequeños ensambles y clases grupales musicales se dan interacciones sociales complejas (Cho, 2019) entre el maestro, pares y padres, a diferencia de las clases individuales, lo que puede influir en la sociabilidad (Kawase et al., 2018) (Ilari et al., 2019); y se da la coordinación interpersonal, la cual puede llevar a la liberación de endorfinas importantes para la facilitación de creación de vínculos (Schellenberg et al., 2015). Además, en medio del proceso de familiarización con la

música, tener consciencia de la interpretación y establecer cohesión en el ensamble, se presentan conflictos y negociaciones (Cho, 2019), lo que también puede ayudar al desarrollo de habilidades sociales. Sin embargo, esto no es seguro, pues como se mencionó anteriormente, estos mecanismos poco han sido investigados.

Neuronas espejo

Finalmente, se ha propuesto que las neuronas espejo pueden proveer un mecanismo para comprender las intenciones de otros, basados en la observación auditiva o visual. Gallese y Iacoboni (como se citó en Miu & Vuoskoski, 2017) tienen la hipótesis de que el sistema de neuronas puede contribuir a reconocer las expresiones emocionales y a desarrollar la emoción correspondiente ya sea empatía o contagio emocional, sin embargo, en las investigaciones revisadas no se pone a prueba el rol de este mecanismo.

Molnar-Szakacs and Overy en (Clarke et al., 2015) argumentaron que el sistema de neuronas espejo podría ofrecer un mecanismo neural para el contagio emocional en la música, y que un oyente participaría en una forma de "simulación motora" preconsciente de esas características auditivas y gestuales en la música, que se asemejan a las expresiones vocales y motoras de la emoción. Sin embargo, aún no está claro si el contagio emocional (en contextos musicales o en general) involucran la simulación motriz real de actos emocionalmente expresivos, o si es descrito de manera más precisa como el reflejo de emociones contextualizadas (Clarke et al., 2015).

Finalmente, aunque no se considera un mecanismo como tal, el uso del tiempo libre se plantea como un factor determinante en programas de música, como Batuta (Gómez,

2011) (Rodríguez Sánchez, 2013), pues ofrece alternativas diferentes en el uso del tiempo frente a las problemáticas del entorno.

Discusión

El objetivo de la presente investigación consistió en la revisión crítica del estado del arte de los últimos diez años sobre los efectos prosociales al participar en actividades/formación musical, para lo que se analizó la delimitación y precisión conceptual, se identificaron los tipos de investigación y los mecanismos subyacentes a estos efectos prosociales.

Así, al identificar los efectos prosociales estudiados en estas investigaciones, y la manera en que fueron definidos y delimitados, se encontró que al menos cuatro de estas no hacen un desarrollo conceptual y/o teórico, es decir, no explicitan los referentes teóricos en los que se basan sus investigaciones. Se pudo observar que las hipótesis no se derivaron de una teoría como tal, sino de una revisión de investigaciones anteriores que han usado el concepto a explorar. Esto reduce la capacidad explicativa de los resultados, que se reducen a dar cuenta únicamente de niveles de significación de cálculos estadísticos para probar hipótesis (Bonilla Castro & Rodríguez Sehk, 1997). Entre estas investigaciones se encontraron algunas en las que los instrumentos utilizados no correspondían con aquello que pretendían medir, es decir, no contaban con buena validez de constructo, por lo que la validez de los resultados se puede poner en cuestión. Por lo tanto, se recomienda que futuras investigaciones realicen un desarrollo teórico y conceptual que permita tener resultados más explicativos y válidos; y que oriente la utilización de instrumentos adecuados, válidos y confiables.

Por otra parte, las diez investigaciones restantes abordaron la delimitación conceptual de diferentes maneras. Al analizar la definición del constructo Empatía se puede dar cuenta que este ha sido investigado principalmente desde un enfoque cuantitativo. De estas investigaciones, algunas (al menos tres) no contaron con una delimitación que permita diferenciar este concepto de otros afines, como la simpatía; mientras que otras, pocas, lograron tener una delimitación similar entre ellas y que permitió hacer una diferencia con otros conceptos, cumpliendo con las condiciones de Vignemont & Singer, (2006). Es muy importante lograr delimitar bien los constructos que se pretenden investigar, pues en el momento en que estos pueden ser confundidos con otros conceptos, puede afectar negativamente en la selección de los instrumentos de medición y en las conclusiones.

En cuanto a las definiciones del comportamiento prosocial, se encontró que en la mayoría de casos no hay un desarrollo o delimitación conceptual. En algunos casos se mencionaron ejemplos de conductas que se pueden clasificar como comportamiento prosocial de acuerdo a la definición abarcativa de González Portal (1992), sin embargo, al igual que en el caso de la empatía, es importante que se haga una delimitación del concepto, que permita claridad en todo el desarrollo de las investigaciones. Finalmente, en cuanto a los otros conceptos trabajados en las investigaciones seleccionadas, hay más variedad y en la mayoría de los casos, se logra desarrollar y delimitar los conceptos, mediante un cuerpo teórico basto, principalmente en las investigaciones cualitativas.

Por otra parte, en cuanto a los instrumentos de medición utilizados, como se menciona anteriormente, se presentaron casos en los que las pruebas no midieron efectivamente lo que se pretendía, de acuerdo a los objetivos de investigación. Además, el uso de pruebas de auto-informe para medir estos constructos puede convertirse en un arma

de doble filo, puesto que se corre el riesgo de que los participantes manipulen la imagen a su favor, lo que pondría en juego los resultados. Es importante el desarrollo de instrumentos confiables y con validez, principalmente cuando se pretende medir la empatía; pues para la medición del comportamiento prosocial o la sincronización, se utilizan otro tipo de pruebas que evalúan el comportamiento observado en situaciones hipotéticas creadas con ese fin.

En cuanto a las investigaciones cualitativas, se encontró el uso de entrevistas semi-estructuradas, la observación y el análisis documental, aunque no en todas se usan las tres. Esto nos permite conocer una postura más subjetiva y comprensiva de la experiencia que viven principalmente los niños y jóvenes en los programas musicales. Aspecto muy importante en la comprensión de la influencia de estos programas en sus vidas, que podría complementarse mediante más investigaciones longitudinales que tengan en cuenta tanto datos cuantitativos, como cualitativos y que también tengan en cuenta la comparación con el uso de otras artes como el teatro y el baile en los programas de intervención.

Por otro lado, se pudo encontrar que las investigaciones sobre los efectos prosociales de la música se han realizado principalmente con niños, pues como se demuestra en el marco teórico, es en la infancia donde se aprenden y desarrollan estas habilidades empáticas y prosociales. Sin embargo, se podría investigar qué tanto se puede influir en estas habilidades en la edad adulta desde intervenciones musicales. A lo largo de esta revisión se evidencia (principalmente en las investigaciones sobre sincronización) que en la mayoría de casos los efectos prosociales se dan a corto plazo, pero estos programas musicales pretenden influir en la vida de sus estudiantes más a largo plazo, por lo que se resalta la importancia de investigar cuál es la duración de estos efectos encontrados, lo que

se puede realizar mediante investigaciones longitudinales más largas, pues las que se presentan aquí no tienen una duración mayor a un año.

Los mecanismos subyacentes a los efectos prosociales de la música han sido poco investigados y en gran parte de la literatura aquí revisada, tampoco son mencionados o explorados. El mecanismo que más se ha estudiado es el de la sincronización, sin embargo, en los resultados se encontró que sus efectos son principalmente a corto plazo. Los demás mecanismos mencionados son poco investigados. En el caso de las neuronas espejo, no hay investigaciones que puedan corroborar que estas expliquen los efectos de la música y la evidencia de la empatía facilitada por las emociones también es muy poca. Hace falta indagar más investigaciones tanto cuantitativas como cualitativas que se centren en comprender estos u otros mecanismos que puedan estar involucrados, pues esto podría ayudar a realizar intervenciones más efectivas, es decir, lograr un impacto positivo en las habilidades prosociales de aquellos que pertenezcan a los programas de intervención basados en la música.

Conclusión

Finalmente, después de llevar a cabo esta revisión, se evidencia que, en investigaciones cuantitativas, principalmente, no explicitan los referentes teóricos en los que se basan sus investigaciones. En el caso del constructo de empatía suele haber una pobre delimitación que podría llevar a confundir este concepto con otros afines, aunque se encuentra que sí hay coherencia en estos constructos, entre los estudios que han hecho una mejor delimitación y desarrollo teórico. En cuanto al comportamiento prosocial, aunque tampoco hay un fuerte desarrollo teórico, se puede encontrar coherencia entre los comportamientos que se consideran prosociales. Por otra parte, hace falta el desarrollo de instrumentos más confiables y válidos, y el uso de estudios longitudinales que ayuden a esclarecer la duración de los efectos, así como la combinación de métodos cuantitativos y cualitativos para obtener panoramas más completos sobre el fenómeno. Se encuentra, además, que hay poca exploración e investigación sobre la influencia de los mecanismos que puedan jugar un papel importante en los efectos prosociales de la música.

En cuanto a mecanismos subyacentes, como la empatía facilitada por las emociones, es importante explorarlas e investigarlas mucho más, pues si se da cuenta que el intentar compartir emociones con el compositor de una canción o el intérprete en el concierto deliberadamente, puede facilitar el desarrollo de la empatía, podría ser un mecanismo a tener en cuenta en las intervenciones de los programas musicales. Además, en las investigaciones cualitativas se encontró que los efectos de estos programas musicales con objetivos prosociales van más allá del desarrollo de la empatía, pues estos estudios dan

cuenta de conceptos mucho más amplios como: ciudadanía, construcción de paz y representaciones sociales de los jóvenes participantes. Esto es muy importante pues permite conocer el impacto a más grande escala de estos programas, conocer la experiencia subjetiva de los participantes y comprender de manera más completa lo que sucede en estos contextos y programas específicos.

Gracias a lo encontrado en esta revisión se da cuenta que al realizar una intervención social basada en la música, se pueden recomendar varios aspectos que pueden facilitar el cumplimiento de los objetivos psicosociales de dicha intervención. Por ejemplo: realizar clases en grupo y no individualmente; realizar actividades que faciliten la sincronización o *entrainment* en los estudiantes, como tener ensambles, coros u orquesta con los que se pueda construir un repertorio, pues el montaje de las canciones ponen en juego la sincronización y la poliritmia; establecer metas como presentarse en un teatro o frente a la comunidad misma, presentar a los estudiantes el reto de cumplir un objetivo establecido en conjunto con otros, tomar decisiones o incluso ayudar con preparaciones para el show, en el que se comparte la experiencia con toda la comunidad. Esto proveerá un espacio favorable para interacciones sociales más complejas que, de la mano de la orientación de profesionales, puedan promover efectivamente la prosocialidad, empatía y otras habilidades sociales.

Finalmente, aunque no ha sido posible establecer firmemente que las intervenciones tienen efectos a largo plazo en la empatía y el CPS, estos programas sí parecen tener efectos psicosociales positivos en las personas y las comunidades que son beneficiadas por esto, por lo que vale la pena seguir apostando por estos programas, apoyados por

profesionales que apoyen de manera más consciente el desarrollo de habilidades prosociales y psicosociales.

Bibliografía

- Amaya, D., & Castaño, A. (2018). *Al son de las cuerdas: Representaciones sociales de los jóvenes acerca de su participación en la sinfónica de siloé*. Tesis de pregrado en PSicología. Universidad Icesi.
- Bonilla Castro, E., & Rodríguez Sehk, P. (1997). Métodos Cuantitativos y Cualitativos. In *Más allá del dilema de los métodos* (Grupo Edit, Issue 3, pp. 77–103).
- Bosch, A., Vanegas, G., González, J. D., & López, J. N. (2017). *Pandillas Juveniles en Colombia: Aproximaciones conceptuales, expresiones urbanas y posibilidades de intervención*. [https://www.minjusticia.gov.co/Portals/0/pdfs/PANDILLAS JUVENILES EN COLOMBIA, APROXIMACIONES CONCEPTUALES, EXPRESIONES URBANAS Y POSIBILIDADES DE INTERVENCIÓN \(1\).pdf](https://www.minjusticia.gov.co/Portals/0/pdfs/PANDILLAS_JUVENILES_EN_COLOMBIA, APROXIMACIONES CONCEPTUALES, EXPRESIONES URBANAS Y POSIBILIDADES DE INTERVENCIÓN (1).pdf)
- Buren, V., Degé, F., & Schwarzer, G. (2019). Active Music Making Facilitates Prosocial Behaviour in 18-month-old Children. *Musicae Scientiae*, 1–16.
<https://doi.org/10.1177/1029864919892308>
- Cho, E. (2019). The relationship between small music ensemble experience and empathy skill: A survey study. *Psychology of Music*.
<https://doi.org/10.1177/0305735619887226>
- Cirelli, L. K., Einarson, K. M., & Trainor, L. J. (2014). Interpersonal synchrony increases prosocial behavior in infants. *Developmental Science*, 17(6), 1003–1011.
<https://doi.org/10.1111/desc.12193>
- Clarke, E., DeNora, T., & Vuoskoski, J. (2015). Music, empathy and cultural

understanding. *Physics of Life Reviews*, 15, 61–88.

<https://doi.org/10.1016/j.plrev.2015.09.001>

Dahary, H., Palma Fernandes, T., & Quintin, E. M. (2018). The relationship between musical training and musical empathizing and systemizing traits. *Musicae Scientiae*, 24(1), 113–129. <https://doi.org/10.1177/1029864918779636>

Decety, J., Bartal, I. B. A., Uzefovsky, F., & Knafo-Noam, A. (2016). Empathy as a driver of prosocial behaviour: Highly conserved neurobehavioural mechanisms across species. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 371:201500(1686). <https://doi.org/10.1098/rstb.2015.0077>

Decety, J., & Jackson, P. L. (2004). The functional architecture of human empathy. In *Behavioral and cognitive neuroscience reviews* (Vol. 3, Issue 2). <https://doi.org/10.1177/1534582304267187>

Dunfield, K. A. (2014). A construct divided: Prosocial behavior as helping, sharing, and comforting subtypes. *Frontiers in Psychology*, 5(AUG), 1–13. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2014.00958>

Eisenberg, N., & Miller, P. A. (1987). The Relation of Empathy to Prosocial and Related Behaviors. *Psychological Bulletin*, 101(1), 91–119. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.101.1.91>

Fandiño Losada, A., Guerrero, R. (2017). ¿Es Colombia un país violento? *Colombia Médica*, 48(1), 9–11. <http://colombiamedica.univalle.edu.co/index.php/comedica/article/view/2979/3245>

Fundación Nacional Batuta. (2016). Memorias del Seminario Internacional Música y Transformación Social. *Seminario Internacional: Música Y Transformación Social*,

240.

Gómez, M. R. (2011). Batuta Caldas - Colombia: un programa de formación musical que deviene en formación ciudadana. *Revista Latinoamericana En Ciencias Sociales, Niñez Y Juventud*, 9(2), 649–668.

González Portal, M. . (1992). *Conducta Prosocial: Evaluación e Intervención*. (Ediciones).

González, M. D. (1992). Conducta Prosocial: Evaluación e Intervención. In *Conducta Prosocial: Evaluación e Intervención* (Ediciones, pp. 34–66).

Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, P. (1991). Metodología de la Investigación. In *Cuadernos de autoformación en participación social; CAPS 002* (McGRAW- HI).

Herrera, E. (2018). Una década del programa de Psicología en la Universidad Icesi.

Trayectorias y enfoques plurales. In O. Bravo (Ed.), *Una década del programa de Psicología en la Universidad Icesi. Trayectorias y enfoques plurales*. (Editorial , Vol. 111, Issue 479, pp. 1009–1010). <https://doi.org/10.1192/bjp.111.479.1009-a>

Hoffman, M. L. (2008). Empathy and Prosocial Behavior. In *Handbook of Emotions* (Vol. 24, Issue 3, pp. 440–455). The Guilford Press.

Howe, D. (2013). Empathy. What it is and why it matters. In *Empathy. What it is and why it matters*. (Palgrave M).

Ilari, B., Helfter, S., & Huynh, T. (2019). Associations Between Musical Participation and Young Children's Prosocial Behaviors. *Journal of Research in Music Education*, 67(4), 399–412. <https://doi.org/10.1177/0022429419878169>

Kawase, S., Ogawa, J., Obata, S., & Hirano, T. (2018). An investigation into the relationship between onset age of musical lessons and levels of sociability in childhood. *Frontiers in Psychology*, 9(NOV), 1–11.

<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.02244>

Konrath, S. (2014). The empathy paradox: Increasing disconnection in the age of increasing connection. *Digital Arts and Entertainment: Concepts, Methodologies, Tools, and Applications*, 2, 967–991. <https://doi.org/10.4018/978-1-4666-6114-1.ch047>

Miu, A. C., & Balteş, F. R. (2012). Empathy manipulation impacts music-induced emotions: A psychophysiological study on opera. *PLoS ONE*, 7(1). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0030618>

Miu, A. C., & Vuoskoski, J. K. (2017). The social side of music listening: Empathy and contagion in music-induced emotions. *Music and Empathy, March*, 124–138. <https://doi.org/10.4324/9781315596587>

Preston, S. D., Waal, D., & Frans, B. M. (2002). Empathy: Its ultimate and proximate bases. *Behavioral and Brain Sciences*, 25(1), 1–20; discussion 20–71. http://cogprints.org/1042/1/preston_de_waal.html

Rabinowitch, T. C., Cross, I., & Burnard, P. (2012). Long-term musical group interaction has a positive influence on empathy in children. *Psychology of Music*, 41(4), 484–498. <https://doi.org/10.1177/0305735612440609>

Rabinowitch, T. C., & Meltzoff, A. N. (2017). Joint rhythmic movement increases 4-year-old children's prosocial sharing and fairness toward peers. *Frontiers in Psychology*, 8(JUN). <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2017.01050>

Rodríguez Sánchez, A. del P. (2013). Los programas musicales colectivos como espacios de construcción de paz. Caso Programa Música para la Reconciliación de la Fundación Nacional Batuta en Colombia. *Fòrum de Recerca*, 5(18), 81–96. <https://doi.org/10.6035/forumrecerca.2013.5>

Schellenberg, E. G., Corrigan, K. A., Dys, S. P., & Malti, T. (2015). Group music training and children's prosocial skills. *PLoS ONE*, *10*(10), 1–14.

<https://doi.org/10.1371/journal.pone.0141449>

Stupacher, J., Maes, P. J., Witte, M., & Wood, G. (2017). Music strengthens prosocial effects of interpersonal synchronization – If you move in time with the beat. *Journal of Experimental Social Psychology*, *72*(February), 39–44.

<https://doi.org/10.1016/j.jesp.2017.04.007>

Valenzuela, S. (2019). Las cifras de la ONU lo demuestran: la violencia se desbordó en 2018. *Pacifista*. <https://pacifista.tv/notas/onu-colombia-conflicto-2019-ivan-duque-desplazamiento/>

Van de Vyver, J., Abrams, D., Spinner, L., Pelletier, J., Ali, S. Y., & Kapantai, I. (2019). Participatory arts interventions promote interpersonal and intergroup prosocial intentions in middle childhood. *Journal of Applied Developmental Psychology*, *65*(October 2018), 101069. <https://doi.org/10.1016/j.appdev.2019.101069>

Vignemont, F., & Singer, T. (2006). The empathic brain: how, when and why? *Trends in Cognitive Sciences*, *10*(10), 435–441. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2006.08.008>